



¿Es posible un Socialismo Católico?

Muy recientemente, al cerrarse una conferencia sobre la doctrina social de la Iglesia, interpelaba un joven: ¿En qué se diferencia esa doctrina del Socialismo?

Interrogación sincera y razonable, que bien merece una reposada y fundamental respuesta. Tanto más que nuestra prensa, profundamente desorientada en cuestiones sociales, recoge con alguna frecuencia, ingenuas afirmaciones de bien intencionados autodidactas que en el afán de aunar modernidad y conservadurismo formulan pomposamente. "No somos comunistas; pero socialistas, es decir amigos del obrero, lo somos en el pleno sentido de la frase".

Ignoran tales autodidactas que "el pleno sentido de la frase" es muy complejo.

Como norma orientadora, que ningún católico debe olvidar, queremos recoger aquí las ideas directivas que sobre este interesante asunto formuló S. S. Pío XI en su Encíclica *Quadragesimo Anno*.

Advertimos, para comenzar, que cuando hablamos de socialismo, entendemos la fracción más moderada del marxismo. La más extremista, y en realidad la más ortodoxa, es el comunismo leninista. Esas dos fracciones del marxismo están representadas por las denominaciones de Segunda y Tercera Internacional.

La existencia de sectores indudablemente moderados del socialismo lo prueba el paso por el poder de los sociales-demócratas alemanes, los laboristas ingleses y los socialistas, actualmente dominantes en Suecia. Algunos jefes políticos de esos partidos, transplantados a latitudes tropicales, parecerían indudablemente, mansuetos e inofensivos líderes conservadores.

Este sector amansado de marxismo ha venido mitigando las asperezas de la "lucha de clases" hasta convertirla en una discusión sosegada, fundada en el amor a la justicia. La misma "guerra a la propiedad" la atempera de suerte que respeta la posesión de los instrumentos de producción. En los postulados para la defensa de la clase obrera el propio Pontífice Pío XI nos dice que las peticiones de los socialistas mo-

derados "se acercan mucho a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos" (Quadragesimo Anno); a veces, podemos añadir, llegan a coincidir en absoluto.

Y sin embargo es radicalmente imposible una avenencia del Socialismo y el Catolicismo.

Son tres las razones de esta incompatibilidad fatal y absoluta.

La lucha de clases.

La abolición del derecho de propiedad.

El concepto materialista de la vida.

Acabamos de afirmar que son muchos los socialistas que han mitigado los dos primeros postulados socialistas: la lucha de clases y la abolición de la propiedad privada. Pero — insiste muy bien S. S. Pío XI — las han mitigado; no las han rechazado. Imposible que los católicos podamos admitir, ni aun suavizados, esos principios que repugnan a la ley evangélica de la caridad, el primero; y a la ley natural el segundo.

Pero, sobre todo, queda intacto el tercer postulado. El socialismo no ha renunciado un ápice al concepto materialista de la vida, fundamento de la doctrina de Carlos Marx. "Según la doctrina cristiana, el hombre dotado de naturaleza social, ha sido puesto en la tierra, para que viviendo en sociedad y bajo una autoridad ordenada por Dios, cultive y desarrolle sus facultades a gloria y alabanza de su Creador; y cumpliendo fielmente los deberes de su profesión o de su vocación, sea cual fuere, logre la felicidad temporal y juntamente la eterna. El socialismo, por el contrario, completamente ignorante y descuidado de tan sublime fin del hombre y de la sociedad, pretende que la sociedad humana no tiene otro fin que el puro bienestar". (Quadragesimo Anno).

Así resulta una coincidencia extraña. El capitalismo y el socialismo son estructuralmente de una misma hechura. Coinciden en colocar la felicidad en el bienestar terreno; se diversifican en la atribución de los beneficios. Acertadamente escribió Tristán de Atayde: "el comunismo es el capitalismo integral".

El marxismo, doctrinalmente, es teoría de una sola pieza. Su base es la tesis del "materialismo histórico" de Carlos Marx; y su última conclusión, que las ideas morales, las creencias religiosas, las instituciones políticas y jurídicas... en una palabra, todo, tiene por única fuente y regla la economía.

El bienestar que propugna el socialismo deliberadamente es un bienestar material. Fija los ojos y el corazón tenazmente en la tierra. Desprecia, amengua y sacrifica la dignidad del hombre, al que se le obliga a ceder los bienes más elevados, incluso su libertad, en aras del bienestar material de toda la sociedad.

"Una sociedad tal cual la ve el Socialismo, por una parte no puede existir ni concebirse sin grande violencia, y por otra, entroniza una falsa licencia, puesto que en ella no existe verdadera autoridad social: ésta, en efecto, no puede basarse en las ventajas materiales y temporales, sino que procede de Dios, Creador y último fin de todas las cosas".

"Si acaso el Socialismo como todos los errores tiene una parte de verdad (lo cual nunca han negado los Sumos Pontífices), el concepto de la sociedad que les es característico y sobre el cual descansa, es inconciliable con el verdadero cristianismo.

"Socialismo religioso, socialismo-cristiano, son términos contradictorios: nadie puede, al mismo tiempo, ser buen católico y socialista verdadero". (Quadr. Anno).

Los católicos han rechazado la mano tendida de los comunistas franceses; lo mismo hubiera sucedido si la mano tendida hubiera sido la del Socialismo más moderado. En las reivindicaciones obreras los igualamos y superamos, pues nuestro programa alcanza hasta el salario familiar y el acceso a la propiedad por medio de la participación en el negocio, aspectos vitales que no caben en el programa socialista.

Pero nos separa un caos: el concepto materialista de la vida.